

“Aristóteles ha caracterizado la Filosofía como libre, útil para nada, conocimiento puramente por amor de sí mismo” (22). *A. hat die Philosophie bestimmt als freie, zu nichts nutze, rein um ihrer selbst willen gewollte Erkenntnis.* El traductor no ha advertido que *freie* y *zu nichts nutze* modifica a *Erkenntnis* y no a “Philosophie”, como aparece en la traducción. *Gewollte*, no se traduce simplemente. *Aristóteles ha determinado a la Filosofía como un conocimiento libre, para nada útil, puramente querido en virtud de sí mismo.*

“Esta historia no es un informe sobre la sucesión causal de formas que se han ido sucediendo en el curso del tiempo; esta ciega sucesión de hechos no podría, en general, enseñar otra cosa que la mostración del origen necesario de la Filosofía por la esencia del hombre” (18). “*Diese Geschichte ist kein Bericht über die zufällige Abfolge der Gestalten, die die Philosophie im Lauf der Zeit nacheinander angenommen hat, welche blinde Tatsachenfolge überhaupt nichts Lehren könnte, sondern der Aufweis des notwendigen Ursprungs der Philosophie aus dem Wessen des menschen*” (18).

Los errores de traducción son tan evidentes, que no estimamos necesario hacer un mayor análisis al respecto. Debería traducirse:

“*Esta historia no es un informe sobre la sucesión contingente de formas que la Filosofía ha tomado una después de otra en el transcurso del tiempo, sucesión ciega de hechos que nada en absoluto podría enseñar, sino la muestra del origen necesario de la Filosofía a partir de la esencia del hombre*”.

Hemos creído conveniente dejar estos dos pasajes para el final, con el objeto de que el lector competente pueda juzgar con imparcialidad, si los juicios emitidos en nuestra anterior crítica en *Atenea* han sido motivados “con evidente mala fe”.

MANUEL VALLEJO DÍAZ

<https://doi.org/10.29393/At405-97UDGL10097>

*Los últimos días*, de FERNANDO RIVAS. Zig-Zag, 1964

Con la generación del año 38 tomó incremento en nuestro país la temática de tipo social influida, sin duda, por la literatura rusa en boga. Basta citar obras como *Ranquil*, de Reinaldo Lomboy; *La Sangre y la Esperanza*, de Nicomedes Guzmán; *Norte Grande*, de Andrés Sabella, y muchos otros.

Los explotados eran los campesinos, desposeídos de sus tierras; los obreros de la ciudad en lucha por salarios vitales; los calicheros y pampinos manteniendo a raya al capitalismo internacional.

Había que redimirlos, y esa era la intención de estos escritores mencionados. De ahí sus invectivas contra la burguesía campesina e industrial. Salen a luz sus procedimientos de explotación, sus crueldades, su insensibilidad social. También había que llamar la atención sobre sus riquezas, su vida regalada en mansiones insultantes, su prepotencia.

Posteriormente, en nuestros días, ha surgido otra promoción literaria, paradójicamente venida de la clase social repudiada por los novelistas ante-

riores, y no en su defensa, sino en actitud de acusación y de crítica franca a su decadencia, caracterizada por sus vicios. Indudablemente que esa vida placentera llevada por las familias enriquecidas dañó su capacidad de trabajo, de iniciativas, principalmente en sus vástagos, que aparecen en estas obras, decadentes, despegados de la realidad actual, viviendo en un pasado ya muerto.



Fernando Rivas, joven literato, en su reciente novela, fija históricamente *Los últimos días* de este sector social, o "clase de los apellidos", como él mismo la llama. Con valentía destaca actos, reacciones, escenas tabús de esta aristocracia. Arturo, el personaje central, autobiográfico, que narra en primera persona, ha sido víctima de estos falsos orgullos. Sus frustraciones se las debe a los prejuicios de su padres. Lo educaron en "el mejor colegio de Santiago", donde no tuviera que alternar con "rotos", pues tienen una clasificación propia: rotos, siúticos y gente bien. El roto es la gente del pueblo, ordinaria, mestiza. El siútico procede de la clase media que quiere ascender hasta ellos. Rotos engreídos suelen ser diputados y senadores, Presidentes de la República...

Rivas nos cuenta el desprecio que se tiene por los intelectuales en esos medios. Es imperdorable intentar ser profesor o escritor. Menos bailarín o actor de teatro. Comprobemos. En la página 15 dice: "No hacía ni tres meses que había dado bachillerato por segunda vez; pasé raspando, pero con un puntaje tan bajo que me hicieron *tapas* en el Pedagógico. Por lo demás, me presenté sólo por no dejar: en la casa ya me habían advertido que en jamás de los jamases me dejarían ser profesor".

—Es una profesión de rotos, mijito —me dijo la Misiá, es decir, mi madre—. ¿Dónde se había visto que un muchacho gente se meta a profesor de liceo?

O cuando su padre, que "se arruinó por curado y farrero", monologa: "Este niño, ¿irá a los conciertos todavía? ¿O estará dedicado a quizás qué patrañas de arte? Por Dios, si no tiene dedos para piano. ¿Por qué va a ser artista un hijo mío? ¿De cuándo acá va a haber maricones en mi familia?"

"Siempre hemos sido gente normal. Es aparte el caso de Amelia: ella dice que es comunista, pero si pretenden quitarle algo para dárselo a los rotos, seguro que deja de ser comunista ese mismo día".

Podríamos seguir citando *Opiniones* de estos personajes. Pero basta con lo mostrado.

Fernando Rivas sabe destacar personajes. Los conoce demasiado y sólo le es preciso evocarlos para relatarlos con pocos brochazos. El padre al que, irreverentemente, llama El Jaiba, seguramente por el color de la faz, avivada por el alcohol, derrochador, jugador que "se comió un fundo en pocos años". La madre o la Misiá, el título que se le daba a las damas respetables

en la Colonia. Es la que mantiene unida la familia a fuerza de "figuras", de apariencias, de sablazos a los parientes ricos, de dramas íntimos conmovedores. ¿Valdría la pena tanta lucha, tanta humillación para mantener cohesionados a esos parásitos malagradecidos? Podemos incluir al hijo, a este Arturo, tan rebelde y desorientado que ha heredado de su padre la irresponsabilidad de que hace gala, a pesar de haber sido tan bien educado, gracias a la generosidad de un tío.

El ambiente en que vive es un hogar inestable, de departamentito de mala muerte, con teléfono para "copuchas", comida a media ración, una doméstica que casi no cobra por "amor a la familia". Indudablemente que es un drama sórdido que ha influido en la actitud de rebeldía de Arturo.

El valor de esta desenfadada novela está en el aspecto documental de primera mano. Material recogido y hecho público por un hijo auténtico del medio. Elementos de meditación o de comprobación de una decadencia. No es Rivas el primero que descubre esta veta. Lo han hecho muchos en nuestro tiempo. Y también en épocas pasadas. Orrego Luco con su *Casa Grande*; Blest Gana, con *Martín Rivas*, y tantos otros que también han sufrido las iras de propios y extraños. Es indudable que es una obra escrita con valentía y sinceridad temerarias.

Por otra parte, una obra dedicada a contar con premura toda esa balumba vital no puede destacarse por el estilo. Primero vivir, después filosofar. Que el lector extraiga las consecuencias del mensaje que el autor pone a nuestra disposición. A él le interesa narrar, *descargar vivencias* que le que-man su conciencia de intelectual evolucionado y sincero, alerta a los cambios de una época en ebullición. Acaso el estilo y la técnica sean los que utiliza. Otros desvirtuarían el contenido.

LEONCIO GUERRERO